

### Á CARLOS ADAME

---

De mi vida en el misero oceano  
Al zozobrar mi nave en hondo duelo,  
En ti encontré la bendición del cielo  
Mano de amigo y corazón de hermano.

En tu tranquilo hogar de ambiente sano  
Hallé esperanzas, bienestar, consuelo;  
¡La virtud sobre un trono en este suelo!  
¡Humilde todo pero nada vano!

Fuiste un astro en la noche de mi suerte;  
Con amor, á mis hijos día por día  
Enseñaste á quererme y á quererte.

Y sus besos sellaron tu agonía...  
No existes y te sigue tras la muerte  
La eterna gratitud del alma mía.

---

### ROMANCES

### LEYENDAS Y TRADICIONES

## EL TORNITO DE REGINA

(De las Leyendas inéditas de las calles de Méjico)

A ISABEL RIVADENEYRA

### PRIMERA PARTE

#### I

Cuentan crónicas añejas  
Y por añejas extrañas  
Que cuando ocupaba el trono  
Felipe Quinto de España,  
Desde muy remotas tierras  
Vino un doncel al Anáhuac  
Era gallardo y apuesto,  
Negros ojos, negra barba,  
Abundosa cabellera  
Y frente espaciosa y blanca.  
Sirviendo estuvo en las tropas  
Del Rey y alcanzó la fama

De discreto en la victoria  
Y de fiero en la batalla.

Pero, por ser allegado  
En limpia y directa rama  
Al audaz y memorable  
Conde de Villamediana,  
Tomóle cierta ojeriza  
El poderoso monarca  
Y lo mandó con un cargo  
A vivir en Nueva España.

Llegó á Méjico y obtuvo  
Entre donceles y damas.  
Entre nobles y pecheros  
Y entre togas y sotanas,  
Acatamiento á sus fueros,  
Respetos á su prosapia  
Y estimación distinguida  
A su cultura esmerada.

## II

Así vivió varios años  
Con tranquilidad y calma  
Don Gastón de Ballesteros  
(Que así el doncel se llamaba).

Tuvo varias comisiones,  
Mandó la ronda de capa,

Fué auditor en los consejos  
Militares de la plaza,  
Y era de austeras costumbres  
Y de muy pocas palabras.

Vivió don Gastón en frente  
De antigua, opulenta casa,  
Con cadena en el portillo  
Y de almenas coronada,  
En calle que en aquel tiempo  
Fué de las Atarazanas.

De tal casa á los balcones  
Salió una tarde una dama  
Pura como una azucena,  
Esbelta como una palma,  
Con ojos negros y grandes  
Que vivo fuego irradiaban.

Vió á la dama el caballero,  
Vió al caballero la dama  
Y á los dos á un tiempo mismo  
Se les encendió la cara  
Y después de breve rato  
Cambiáronse otra mirada  
Penetradora, insistente  
Y á la vez terrible y rápida,  
Como el choque con que cruzan  
En un duelo dos espadas  
Que van á los corazones,  
Y en un relámpago matan.  
Es hermosa — Gastón dijo —

Es guapo — dijo la dama,  
 ¡La intereso! — ¡Le intereso!  
 ¡Se turba! — ¡Se pone pálida! —  
 Y confusa y aturdida,  
 Al decir estas palabras,  
 Cerró sus balcones ella,  
 Dejó Gastón la ventana  
 Y ambos se fueron sintiendo  
 Un volcán dentro del alma.

## III

Llegóse el trece de agosto  
 Y al despuntar la mañana  
 Despertaron los vecinos  
 Entre repiques y salvas.  
 Celebrábase la fiesta  
 Del *Pendón* denominada,  
 En que con lujosa pompa  
 Entre picas y oriflamas  
 Iban oidores y alcaldes  
 Con bastones y con mazas  
 Detrás de altivo ginete  
 Uniformado de gala,  
 Que vanidoso y contento  
 En la diestra tremolaba  
 El *pendón* que don Hernando

Cortés trajo á Nueva España.  
 Marchaban los de la audiencia  
 Y en su pos, la flor y nata  
 De jueces é inquisidores  
 De arcabuceros y guardias,  
 Y por detrás en vistosa  
 Procesión luenga y compacta,  
 Los humildes moradores  
 De más allá de la traza,  
 Indigenas y mestizos  
 Tenidos como canalla.

Las calles en que seguía  
 Su curso la inmensa masa,  
 Mirábanse como nunca  
 Revestidas y adornadas:  
 Inmensos arcos de tule  
 Con amapolas de grana  
 Guardando en cintas de trébol  
 Grandes cifras del monarca,  
 Y en los abiertos balcones  
 Dando el sol vivos de llama  
 Las cortinas de damasco  
 Con las vajillas de plata;  
 Y sobre las toscas piedras  
 Con profusión derramadas  
 Las rosas que de Ixtacalco  
 Crecieron en las chinampas.  
 Era el *Pendón* conducido  
 Desde la siniestra casa

De cabildos, hasta el templo  
 Que á san Hipólito guarda.  
 Allí llegaban al atrio  
 Y luego le colocaban  
 En el balcón, al instante  
 Que las tronadoras salvas  
 Y los sonoros repiques  
 Y del pueblo la algazara  
 Se alzaban en solo un grito:  
 El grito de « ¡Viva España! »  
 Quedaba el pendón expuesto  
 Hasta la nueva mañana  
 En que con la misma pompa  
 Al cabildo le tornaban.

## IV

En la ceremonia augusta  
 Gastón estrenó una espada  
 Que enviáronle de Toledo  
 Con gavilanes de plata.  
 Tercióse con gran donaire  
 Sobre la gentil espalda  
 El honroso y noble manto  
 Del orden de Calatrava,  
 Que ostenta en fondo de nieve  
 La inmensa cruz encarnada.

Y cuéntese que el gallardo  
 Militar, también portaba  
 Queriendo, los de Manresa  
 De Santiago y de Malta,  
 Pues que tuvo cuatro abuelos  
 De nombre y nobleza tanta  
 Que ingresaron á las cuatro  
 Órdenes hospitalarias.

Por la calle de Tlacópam,  
 (Hoy de Tacuba llamada)  
 En un balcón hecha un astro  
 De juventud y de gracia,  
 Don Gastón de Ballesteros  
 Volvió á encontrar á su dama.  
 Demudóse su semblante,  
 Saludóle con la espada  
 Y ella inclinó la cabeza  
 Con la faz hecha una grana.  
 Pasó el galán y siguióle  
 Ella con vivaz mirada  
 Hasta atravesar el ancho  
 Puente de la Mariscalá.

Una amiga preguntóle:  
 — ¿Á quién miras tanto, Blanca?  
 — Miro... respondió confusa...  
 Aquella cruz encarnada...  
 — ¿Pero miras sólo el manto  
 De la cruz de Calatrava  
 Ó al cruzado que la porta...?

— « ¡No lo sé! » dijo turbada,  
 ¿Te interesa?  
 — ¿Te interesa?  
 — ¿Tú le quieres? — ¿Tú le amas? —  
 Y con rabioso despecho  
 Miráronse Inés y Blanca  
 Sin que á tan breves preguntas  
 Se dieran respuestas claras.  
 Pero desde aquel instante  
 Odiáronse sus dos almas  
 Sin que del odio pudiera  
 Sospechar la ignota causa  
 Don Gastón de Ballesteros,  
 El de la cruz encarnada.

▼

Pasados algunos meses,  
 Una tarde fué á la casa  
 De Inés Martínez un hombre  
 De negra y flotante capa,  
 Blanco sombrero con plumas  
 Y ancho cinto con espada.  
 Dió su nombre y le llevaron  
 Á la lujosa antesala  
 Con ricas sedas de China

Revestida y decorada.  
 Salió á los pocos momentos  
 Á hablarle la hermosa dama  
 Obligándole á sentarse  
 Con delicadeza y gracia:  
 — Vengo, el caballero dijo,  
 Á entregaros esta carta  
 Y respuesta habréis de darne  
 Si os dignaseis aceptarla. —  
 Roto el encarnado nema  
 Desdobló el papel la dama  
 Y aquí descubrir podemos  
 Lo que allí leyó en voz baja:

.....  
 .....  
 « Señora, toda hermosura,  
 Toda virtud, toda gracia,  
 No fuera yo caballero  
 Y mis blasones manchara,  
 Si en el papel no pusiera  
 Al escribiros, el alma.  
 » Cegado por vuestros ojos  
 Que vivos destellos lanzan,  
 Cuando os conocí en la corte  
 Del virrey de Nueva España,  
 De amaros mientras viviera  
 Os empené mi palabra  
 Y hasta me atreví á jurarlo  
 Sobre la cruz de mi espada.

Desde entonces á la fecha  
 En que os escribo esta carta,  
 Han perecido seis lunas  
 Sin que otra vez os hablara.  
 ¿No sospecháis cuál ha sido  
 De tal silencio la causa?  
 Sabed la verdad entera  
 Aunque se os desgarre el alma:  
 Pero jamás ha mentido  
 Un noble de Calatrava.  
 » Cegado por vuestros ojos  
 Y rendido á vuestras gracias  
 Os hice muchas promesas  
 Y os dije muchas palabras  
 Comprometiendo mi nombre  
 Que nunca ha tenido mancha.  
 » Perdonad que las retire  
 Si es que fueron aceptadas  
 Y si no las escuchasteis  
 Reputadlas como vanas.  
 » Nunca de mal caballero  
 Me deis, señora, la fama,  
 Y disculpad los arranques  
 Que vuestra hermosura causa  
 En corazones de cera  
 Que se funden con las llamas.  
 » Los delirios de una noche  
 Pronto vuelan, pronto pasan,  
 Y delirios fueron éstos

De mi mente deslumbrada.  
 » Perdonadme bien señora  
 Si acaso sabéis mañana  
 Que unido en eternos lazos  
 Le doy mi nombre á otra dama  
 Y sabed que en todo tiempo  
 Me tendréis á vuestras plantas. »

. . . . .  
 . . . . .

Sin mover los negros ojos  
 Ni decir una palabra  
 Y secando entre sonrisas  
 Con disimulo una lágrima,  
 Dobló aquel papel funesto  
 Y « está bien » dijo la dama.

Levantóse el caballero,  
 Salió de la rica sala  
 Y cuando Inés quedó sola  
 Dijo para sí, con rabia:  
 « ¿Le da su amor y su nombre?

¿Á quién...? ya lo entiendo... ¡á Blanca!  
 ¡Pero no... no será suya,  
 Me sobran valor y audacia  
 Y tengo para impedirlo  
 Todo el infierno en el alma! »

## VI

Al declinar una tarde  
 Tibia, azul, brillante y diáfana  
 En que el sol hundi6 su disco  
 Entres celajes de grana  
 Coronando los volcanes  
 Con un manto de escarlata,  
 Y haciendo brillar los lagos  
 Cual si fueran sangre humana,  
 Don Gast6n de Ballesteros  
 Luciendo traje de gala  
 Tuvo el di6logo siguiente  
 Con su idolatrada Blanca :

— Jam6s 6 mujer ninguna  
 Rendí enamorado el alma  
 Y 6 ti la rindo y la entrego  
 Lleno de amor y esperanza.  
 — Gast6n, ¿no mientes?

— Lo juro

Por mi madre idi6trada  
 Que est6 llorando mi ausencia  
 Ha seis a6os en Espa6a.  
 Bast6me en un breve instante  
 Consagrarte una mirada,

¿Lo recuerdas...?

— Es la historia

De lo mismo que me pasa;  
 Te vi y te amé...

— No lo digas

Que muero de dicha, Blanca;  
 No es el amor pasajero  
 Que pronto brilla y se apaga  
 El que te consagro; toda  
 Mi vida arder6 su llama.

— Nuestro amor es imposible  
 Ella respondi6 turbada.

— ¿Imposible?

— Así lo juzgo.

— ¿Y puedo saber la causa?

— Secretos son de familia  
 Que por decoro se guardan  
 En el pecho, sin que nunca  
 Al labio indiscreto salgan.

— Jam6s inquirí misterios  
 Que forman íntimos dramas,  
 Pero lo que tú me dices

Mi coraz6n despedaza  
 Y amor no tiene secretos...

— Calla Gast6n... calla... calla...

¡No hay mujer sobre la tierra  
 M6s infeliz que tu Blanca!  
 No vuelvas 6 verme nunca  
 Porque al mirarme me matas

Y busco fuerza y no tengo  
 Pues me vencen tus miradas.  
 Aléjate de mi vista,  
 Abandona Nueva España,  
 Borra de tu pensamiento  
 Mi imagen, si allí la guardas;  
 Juzga palabras de loca  
 Mis amorosas palabras  
 Y perdóname y olvidame  
 Con el tiempo y la distancia,  
 Que yo entre tanto haré todo  
 Por arrancarme del alma  
 Un amor que no alimenta  
 El fuego de la esperanza! —  
 Gastón levantó los ojos  
 Más que con terror con ansia  
 Y vió los de la doncella  
 Mal conteniendo dos lágrimas  
 Que sin surcar las mejillas  
 Temblaban en sus pestañas.  
 — Tanto has dicho y tan extraño,  
 Que no entiendo tus palabras;  
 Sólo sé que me han caldo  
 En el pecho como lava.  
 ¿En dónde está el imposible  
 Que á nuestro afán pone vallas?  
 Dilo, dilo, que entre tanto  
 La incertidumbre me mata.  
 Eres rica, noble y sola,

Nadie en el mundo te manda  
 Y al darte mi limpio nombre  
 El tuyo no se rebaja;  
 Tienes blasones y tengo  
 Tantos ó más en mi raza;  
 El Virrey me favorece,  
 Mi madre tanto me ama  
 Que aprobará nuestro enlace  
 Al revelarle tus gracias;  
 ¿En dónde está el imposible?  
 ¿Á qué vienen esas lágrimas?  
 — Por Dios no me lo preguntes,  
 Aparta, Gastón... aparta;  
 Nada en el mundo ha podido  
 Vencerme cual tus miradas;  
 Á ningún hombre en la tierra  
 Le di con la vida el alma  
 Y vida y alma no tengo  
 Desde que me viste...

— ¡Blanca!

¿Es verdad cuanto me dices?  
 — ¡Es verdad y muy amarga!  
 Nuestro amor es imposible,  
 Aparta... Gastón, aparta.  
 — Juro de aquí no moverme  
 Si no me explicas la causa.  
 — Es que si á saberla llegas  
 Me desprecias ó me matas  
 Y eres tú el solo culpable

De mi infinita desgracia.

— Habla todo.

— ¿Tú lo quieres?

— Yo te lo exijo.

— Bien.

— Habla.

## VII

— Tengo en el mundo una amiga,  
Más que una amiga, una hermana,  
Que acaso tú la conoces

— ¿Quién?

— Inés Martínez.

— Calla.

— ¿Te turbas?

— Vamos, prosigue.

— Pues con ella una mañana  
Mano à mano departiendo  
En el balcón de su casa  
Te vimos pasar, portando  
El manto de Calatrava.  
Yo que ya te conocía,  
Que interesabas mi alma  
Y que sentí como nunca  
Invencible tu mirada,  
Me demudé à tu presencia

Y en eso está mi desgracia,  
Porque Inés ardiendo en ira  
Celosa y desencajada,  
Me dijo que era tu amante  
Y que tú la idolatrabas.  
No sé si tú la verías  
Cuando volviste la cara,  
Mas no te perdió la vista  
Hasta que en larga distancia  
Borró la nube de polvo  
Tu inmensa cruz encarnada.  
Quedéme yo tan celosa,  
Tan triste, con tales ansias,  
Que en la tarde, en el sarao  
Que se celebró en la casa,  
Fuí en el minué compañera  
Del marqués de Santa Olalla  
Que de casarse conmigo  
Ofrecióme su palabra,  
Tan pronto como tornase  
De una comisión muy alta  
Que el Virrey le confiriera  
Para la Nueva Vizcaya.

Yo que estaba ardiendo en celos  
Me finjí la enamorada  
Y confirmé sus promesas  
Con mi rectitud de dama.  
Salió el Marqués, cual me dijo,  
À la siguiente mañana,

Y dejóme esta sortija  
 Como una prenda sagrada.  
 No ha vuelto nunca á escribirme  
 Ni nunca le pongo cartas,  
 Pero él es un caballero  
 Y yo una mujer honrada  
 Y la sociedad más culta  
 De la corté en Nueva España  
 Todo esto sabe y lo aprueba;  
 Ya ves si soy desgraciada;  
 Tu amor está por un punto  
 Y por otro mi palabra,  
 Entre tú y yo, no es posible  
 Ninguna dulce esperanza;  
 Perdóname y luego olvídame  
 Aparta, Gastón... aparta,  
 Que si me miras me vences;  
 ¡No me fijes la mirada!

. . . . .  
 De Gastón por el semblante  
 Cruzó una sangrienta ráfaga  
 Como el ángel de la muerte  
 Sobre un campo de batalla.  
 Quiso allí decirle tanto  
 Á la deidad de su alma  
 Que después de pensar mucho  
 No le dijo una palabra.  
 Levantóse ardiendo en celos  
 Y con la mano crispada

Oprimió el helado pomo  
 De su florentina daga  
 Y al salir del aposento  
 Quedóse llorando Blanca.

## VIII

Poblando el aire, se agitan  
 En catedral las campanas,  
 Pues ya noticias se tienen  
 De que en el trono de España  
 Sucede al quinto Felipe  
 Un nuevo y grande monarca  
 Cuyo busto y cuyo nombre  
 Grabados en oro y plata  
 Los va á conocer el pueblo  
 En la jura de la plaza.

Hay junta de caballeros  
 Del gran Palacio en las salas,  
 Que conversan y departen  
 Con el conde de Fuenclara,  
 Caballero de Santiago  
 Y virrey de Nueva España.  
 Allí están todos los grandes  
 En abolengo y prosapia,  
 Así los que visten toga



Detenido en mi palacio  
 Quedaréis hasta mañana. —  
 Salieron todos confusos  
 La ceremonia acabada  
 Y á Ballesteros llegóse  
 El marqués de Santa Olalla  
 Y algo rápido y siniestro  
 Se dijeron en voz baja.

## IX

Llorosa está en su aposento  
 Y llena de angustia, Blanca,  
 Y llorosa Inés Martínez  
 Viste de negro en su casa.  
 Méjico está conmovido  
 Por una noticia infausta :  
 Que se han batido dos nobles  
 De la más alta prosapia  
 En un solar muy cercano  
 Al pueblo de Ixtapalápan.  
 Dicen que como dos fieras  
 Que se hieren insensatas  
 Los nobles se acometieron  
 Ardiendo en furor y en rabia.  
 Uno fué el afortunado

En medio de la desgracia,  
 Pues que al pasar parte á parte  
 Al contrario con la espada  
 Le dejó muerto en el sitio  
 Al despuntar la mañana.  
 Nadie sabe con certeza  
 De tal suceso la causa,  
 Pero lo que nadie ignora  
 Es que mató en lid honrada  
 Don Gastón de Ballesteros  
 Al marqués de Santa Olalla  
 Por el que de luto lloran  
 Inés Martínez y Blanca.